

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

Creer en un hogar disfuncional puede modelar la forma en que vemos el mundo. Puede que hayamos aprendido a escanear constantemente en busca de peligros. Puede que nos hayamos convertido en expertos en leer estados de ánimo y evitar conflictos. Algunos de nosotros aprendimos a desaparecer. Otros aprendieron a controlar. Con el tiempo, estas estrategias de supervivencia se convierten en lentes a través de los cuales interpretamos todo. Puede que ni siquiera nos demos cuenta de cuánto miedo está detrás de nuestras decisiones, hasta que nos encontramos exhaustos, resentidos o extrañamente adormecidos en situaciones que en realidad no implican pánico.

En el Evangelio de este domingo, Jesús devuelve la vista a un hombre con ceguera desde su nacimiento (Juan 9:1, 6-9):

Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento. Escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: “Ve a lavarte en la piscina de Siloé” (que significa ‘Enviado’).

Él fue, se lavó y volvió con vista. Entonces los vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, preguntaban: “¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?” Unos decían: “Es el mismo”. Otros: “No es él, sino que se le parece”. Pero él decía: “Yo soy”.

La ceguera del hombre formaba parte de su historia, no fue un fracaso moral. De la misma manera, muchas de nuestras formas de adaptarnos durante nuestra infancia, fueron intentos de sobrevivir. Nos ayudaron a superar lo que no podíamos controlar. Pero lo que antes nos protegía, ahora puede limitarnos. Podemos ayudar a que la gente se sienta segura. Podemos apagarlos cuando las emociones empiezan a elevarse. Podemos asumir el rechazo antes de que alguien nos haya rechazado. Podemos llevar un crítico en nuestro interior que habla con total convicción, pero con muy poca misericordia.

San Pablo ofrece una identidad diferente (Efesios 5:8-10):

En otro tiempo ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por lo tanto, como hijos de la luz. Los frutos de la luz son la bondad, la santidad y la verdad. Busquen lo que es agradable al Señor.

Vivir como hijos de la luz significa dejar que Cristo reedifique nuestros corazones. Empezamos a darnos cuenta cuando nuestras reacciones pertenecen al pasado. Aprendemos a hacer una pausa y preguntarnos: “¿Qué está pasando realmente ahora mismo?” En la recuperación de HADH, esa pausa muchas veces es el milagro. Es el momento en que dejamos de abandonarnos a nosotros mismos. La humildad del Primer Paso se nota aquí también. Admitimos que nuestras viejas formas de hacer frente a las cosas ya no funcionan, es entonces cuando estamos nuevamente dispuestos a recibir ayuda.

El ciego recibe una instrucción: “Ve a lavarte”. La sanación requiere la participación. Para nosotros, esa participación puede consistir en asistir constantemente a juntas, compartir con honestidad y escuchar a otros cómo identifican conductas que creíamos únicas para nosotros. Esto puede verse como poner límites sin tener que pedir disculpas. Puede verse como orar con palabras sencillas cuando nuestro sistema nervioso está inquieto. También puede verse como el regresar a los sacramentos. En la Confesión, llevamos la culpa a la luz y recibimos misericordia. En la Eucaristía, Cristo nos fortalece para mantenernos presentes y elegir el amor en lugar del temor.

Los vecinos discuten sobre si el hombre sanado es la misma persona. Cuando empezamos a cambiar, podemos enfrentarnos a una tensión similar. Puede ser que nuestros familiares prefieran la versión antigua de nosotros que mantenía la paz. Los amigos pueden confundirse cuando dejamos de dar tantas explicaciones. Incluso nosotros podemos sentirnos inquietos, porque una vida más saludable puede resultar al principio desconocida. Sin

embargo, el Evangelio nos recuerda que la transformación es real. Podemos decir, con creciente confianza: “Yo soy”, no porque lo tengamos todo resuelto, sino porque Dios está formando en nosotros un yo más auténtico.

Esta Cuaresma, pedimos a Jesús que nos devuelva la vista. Le pedimos que haga más suaves nuestras defensas rígidas, que calme a nuestro crítico interior y que nos enseñe a vivir como Sus seres amados. La luz no borra nuestra historia, pero sí nos da un nuevo futuro, un día a la vez.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Cuándo has notado que los patrones de tu infancia basados en el miedo influyen en tu interpretación de las relaciones o conflictos actuales?
- En esta semana ¿cómo entiende el “lavarte” haciendo una acción concreta de recuperación o poniendo límites?
- ¿En qué áreas experimentas que Dios te invita a vivir más como un hijo de la luz, y menos a través del prisma de la disfunción del pasado?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 1 Samuel 16:1b, 6-7, 10-13a

SAL. RESP. Salmo 23: 1-3a, 3b-4, 5, 6

SEGUNDA LECTURA Efesios 5:8-14

EVANGELIO Juan 9:1-41

